

La navegación más allá del Mediterráneo

Socarrat de Paterna



Bibliografía

BARBERÁ, Alfonso. *La cerámica medieval de Paterna. Estudio de marcas alfareras*, Valencia, 1978.

FRANCO MATA, A., BALMASEDA, L., ARIAS SÁNCHEZ, I., PAPÍ RODES, C. «La Documentación de las Cerámicas Medievales Valencianas en el Museo Arqueológico Nacional», *La cerámica de Paterna. Reflejos del Mediterráneo* [catálogo de la exposición], Valencia, 2002.

GONZÁLEZ MARTÍ, Manuel. *Cerámica del Levante Español. Siglos Medievales*. Barcelona, 1944-1952.

CASADO SOTO, J.L., «Construcción naval y navegación», en *Historia de la ciencia y de la técnica en la corona de Castilla*, Luis García Ballester (dir.) (Salamanca: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2002), vol. 2, pp. 435-504.

Texto: Sandra Sáenz-López Pérez, septiembre de 2017

Adaptación del texto: Maje Rubio y Dori Fernández

Museo Arqueológico Nacional

Departamento de Difusión

Serrano, 13

28001 MADRID

Tel. (+34) 915 777 912

Fax (+34) 914 316 840

www.man.es/man/actividades/pieza-del-mes.html

El protagonismo otorgado a la carabela que decora este socarrat de Paterna es testimonio de la importancia que tuvo esta embarcación como nave mercantil a finales de la Edad Media y para la navegación en el océano Atlántico en la época de los descubrimientos. La llegada al Nuevo Mundo a bordo de dos carabelas, la Pinta y la Niña, y de una nao, la Santa María, trajo como consecuencia la ampliación de nuevos y variados mercados que inundaron Europa de productos exóticos.

El socarrat, una producción mudéjar levantina

Esta gran placa de arcilla blanca rica en caolinita, realizada en un molde de madera de medidas estándar (41 × 33 cm y 3 cm de grosor) y posteriormente cocida, recibe el nombre de «socarrat». Este término valenciano significa «chamuscado», en alusión a que estas piezas recibían una única cocción, que alcanzaba los 900 grados. Por lo general, antes de la cocción y aún en crudo, se aplicaba en una sola cara, la que después recibía la decoración, una base blanca, en ocasiones, de cal (carbonato cálcico), que se transformaba en óxido cálcico durante dicha cocción. Una vez enfriado el socarrat, se aplicaba la decoración sobre la base blanca y se dejaba sin vidriar. Los motivos decorativos se pintaban a mano alzada (sin dibujo preparatorio) con dos colores procedentes de óxidos minerales: negro (peróxido de hierro) y almazarrón o rojo oscuro (óxido de magnesio) sobre fondo blanco.

Los socarrats son originarios de Paterna (Valencia), aunque quizá se fabricaron también en Manises y otras localidades valencianas como Benaguasil, o incluso en Segorbe (Castellón). Fueron realizados entre finales del siglo XIV y mediados del XVI. Este, en concreto, data del siglo XIV y fue adquirido por el Museo Arqueológico Nacional a un anticuario junto con otras obras cerámicas de Paterna y Manises.

El desarrollo de la cerámica valenciana se remonta al siglo XI, durante los reinos de Taifas, aunque fue especialmente tras la reconquista del levante español cuando experimentó su mayor auge. La población musulmana que

permaneció en esta zona tuvo mucho que ver en su apogeo. El primer documento que testimonia la producción de cerámica en Paterna data de 1285. Este era, sin duda, un lugar idóneo para el desarrollo de la alfarería gracias a que en sus alrededores abundaba la arcilla, el agua y la leña para encender el horno. Ya en época temprana, trabajaba en la industria alfarera aproximadamente un cuarto de su población, del cual casi la mitad eran musulmanes. A nivel técnico y de repertorio iconográfico, se unen en estas obras de alfarería el conocimiento islámico y cristiano, y esta mezcla es la que define su carácter mudéjar.

La doble función práctica y decorativa de los socarrats

Los socarrats estaban destinados a cubrir los entrevigados de madera de los forjados interiores formando un artesanado o una cubierta plana, aunque en ocasiones, algunos socarrat se destinaban a decorar pórticos o voladizos exteriores. En general, los socarrats se instalaban en edificios de carácter religioso, público o en los palacios de los personajes relevantes de la comunidad. Cuando esta loseta ingresó en el museo carecía de documentación, por lo que desconocemos el edificio en cuestión del que procedía.

La distancia a la que eran vistos determinó el gran tamaño del motivo decorativo que en ellos se pintaba. Encontramos elementos geométricos, vegetales, zoomorfos (animales reales –toros, becerros, aves, peces, etc.– y fantásticos, como el grifo), antropomorfos (damas, ángeles, escenas galantes...), epigráficos, profilácticos y heráldicos. Las inscripciones son generalmente de carácter religioso, si bien algunas conmemoran la construcción de algún edificio. En cuanto a los signos religiosos o mágicos (mano de Fátima, cruces), aluden generalmente a la protección de la casa y a ritos de construcción. Este socarrat, además de la decoración pintada, tiene estampado en su centro el sello con el escudo de la ciudad de Paterna, su lugar de producción.

La carabela y su importancia comercial en el Mediterráneo

El motivo que decora este socarrat no es único, pero sí una de las iconografías más singulares. Se trata de un velero surcando las aguas bajo un cielo estrellado, en compañía de lo que parecen unos delfines saltando a su paso. La embarcación, como ya se ha indicado, se ha identificado con una carabela, cuyas primeras referencias documentales datan del siglo XIII. Era una embarcación ligera, estrecha, alta y larga –hasta 30 metros–, dotada de tres mástiles con velas generalmente latinas triangulares sobre una sola cubierta, y elevado castillo de popa. Se desplazaba a vela y no empleaba remos, navegando a una velocidad de 10 km/h. En el caso de la carabela del socarrat, cuyas cruces que rematan los tres mástiles la identifican como cristiana, está representada de una manera muy realista, lo que induce a pensar que el artesano conocía bien este tipo de embarcación: no sería de extrañar, dada la proximidad a Paterna del puerto de El Grau de Valencia. En este puerto, uno de los más activos en el entramado comercial mediterráneo, las carabelas, con una considerable capacidad de carga y muy estimadas como naves mercantiles, fueron muy demandadas para comerciar con productos procedentes de todo el Mediterráneo.

Entre las actividades comerciales, otros socarrats han dejado testimonio del tristemente célebre comercio de esclavos, con imágenes de embarcaciones pobladas con personajes con rasgos raciales de color, como podemos ver en el Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias González Martí de Valencia.

La carabela en la época de los descubrimientos

Las carabelas fueron también especialmente importantes por su papel en la navegación atlántica en la época de los descubrimientos. Aunque su modelo puede remontarse a una embarcación islámica, experimentó su mayor desarrollo como parte de la flota portuguesa, especialmente a partir del impulso dado

por el rey Enrique el Navegante (1394-1460) a la exploración de las costas africanas y las islas del océano Atlántico. También fue muy significativo su desarrollo en Castilla. Como es bien sabido, bajo la protección de la reina Isabel la Católica, Cristóbal Colón llegó a territorio americano en 1492, con dos carabelas –la Pinta y la Niña– y una nao –la Santa María–.

Cuando Europa llegó a tierras americanas, el interés náutico se amplió al océano Atlántico. Las cartas portulanas utilizadas para la navegación de estima por el mar Mediterráneo durante la Baja Edad Media, siguieron realizándose durante la Edad Moderna, incorporándose a ellas las tierras recién descubiertas. En estos mapas, sobre pergamino, se abría paso poco a poco el Nuevo Mundo que, reconstruido como piezas de un rompecabezas, iba encajando en la imagen del Viejo. Sobre las aguas del océano Atlántico es recurrente que figuren embarcaciones como la de este socarrat, que permitieron conectar el Mediterráneo y Europa con un nuevo territorio, nuevas gentes y nuevos productos comerciales.

La Carta de Juan de la Cosa (1500) destaca entre los trabajos cartográficos realizados tras el descubrimiento de América. Conservada en el Museo Naval de Madrid y considerada el primer mapamundi en el que se incluye este nuevo continente, es una muestra importante de la cartografía y la ciencia náutica en esta época. A estos avances cartográficos se unirá el desarrollo, tanto de la industria naval como de la fabricación de instrumentos náuticos y, en todos estos avances, jugará un papel destacado la Corona de Aragón, uno de cuyos puertos más importantes fue el de Valencia, donde seguramente se inspiró el artesano que decoró este socarrat. La imagen de la carabela nos permite recrear esos viajes atlánticos a nuevas e ignotas tierras a bordo de este tipo de embarcaciones.